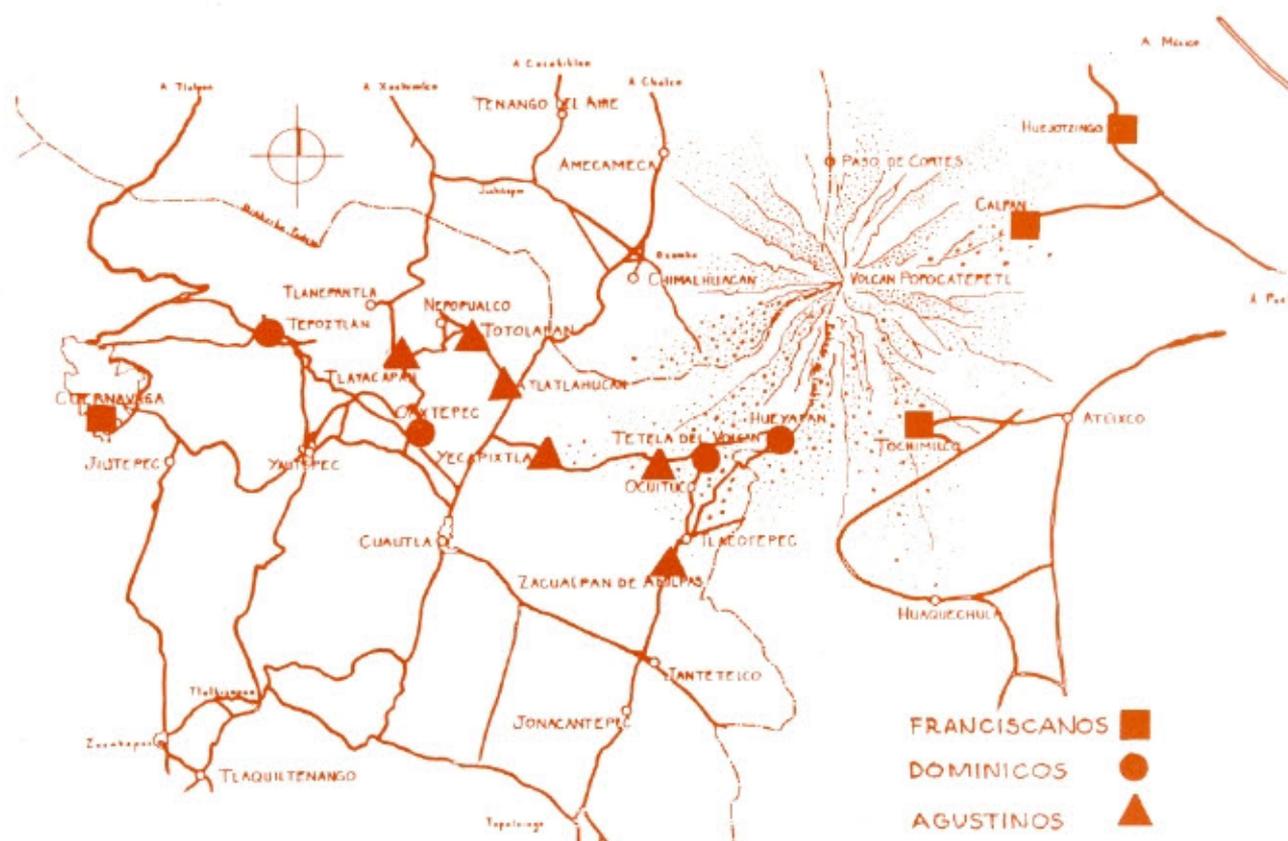




Los primeros monasterios del siglo XVI en las laderas del Popocatépetl* / Juan B. Artigas

Vista del volcán Popocatépetl, desde Tochimilco. Foto: Juan B. Artigas, 1995.

Doctor en arquitectura. Profesor emérito de la Facultad de Arquitectura, UNAM.



Localización de los conventos incluidos en la Lista del Patrimonio Mundial de la UNESCO. Franciscanos: Huejotzingo, Calpan, Tochimilco, Cuernavaca. Dominicanos: Oaxtepec, Tepotztlán, Tetela del Volcán y Hueyapan. Agustinos: Ocuituco, Totolapan, Atlatlahucan, Tlayacapan, Yecapixtla y Zacualpan de Amilpas.

La inclusión en la lista del Patrimonio Mundial de la UNESCO de los conventos situados en las faldas del volcán Popocatepetl, representa un reconocimiento internacional para nuestra arquitectura del siglo XVI, una de las manifestaciones arquitectónicas relevantes de México en toda su historia, única a nivel continental.

Organización del territorio

A partir del 13 de agosto de 1521, fecha de la toma de la Gran Tenochtitlán, la conformación del territorio que ahora es México se llevó a cabo mediante la creación de una estructura de población regional que se expandió en todas direcciones. Desde la ciudad de México, tomada como centro y punto de partida, se trazaron inicialmente los caminos que conducían o bien hacia las diversas zonas pobladas, o bien, hacia las que más adelante fueron susceptibles de explotación económica, como fueron las mineras de Zacatecas (1546) y Guanajuato (1548), situadas al norte de la capital, en la región llamada Gran Chichimeca, tierra de grupos nómadas.

La distribución de los naturales en la geografía conocida y accesible en aquellos momentos, fue reestructurada mediante la *reducción a poblaciones*, es decir, por medio de la creación de localidades en las cuales se congregaron los indígenas de los alrededores, quienes habían vivido tradicionalmente organizados en *familias nucleares*, dispersas en amplias extensiones de terreno. En las poblaciones sería posible adoctrinarlos en la fe católica y habituarlos a *vivir en policía*, como entonces se decía, o sea, en relación cívica con los vecinos. Continuaba así, históricamente, la distinción entre el *ciudadano* y el hombre rudo del campo.

La evangelización de los indígenas americanos sería el tema fundamental de la población y la justificación de la presencia de España en América. Se perseguía, simultáneamente, la expansión del territorio dependiente de la Corona, basado en una economía de autoconsumo, cuyos excedentes, con el tiempo, podrían llegar a comerciarse con otras de las zonas o regiones que componían la España de aquellos tiempos. Se propició un auge económico al convertir un sistema basado en el trueque por otro monetario que producía excedentes. Un sinfín de variedades de plantas y animales domésticos fueron traídos y llevados de un lugar a otro. El enriquecimiento sería intercontinental.

Factores decisivos para estos logros fueron la consistencia de la organización y también la permanencia en el territorio, durante más de un siglo, de las órdenes frailes-

cas encargadas de la evangelización: franciscanos, dominicos y agustinos, principalmente; así como el desarrollo logrado por las culturas mesoamericanas vigentes a la llegada de los españoles, que permitió la integración con las formas de vida y la religiosidad venidas de allende los mares, circunstancias que no se dieron en otras zonas del continente americano.

Es evidente que se hizo necesario conformar una sociedad que habría sido imposible de imaginar antes de los "sucesos de tierra firme", porque las formas de vida de dicha sociedad naciente no tenían paralelo conocido ni en Mesoamérica ni en el Continente Europeo. América fue, de esta manera, nuevo continente para propios y extraños.

Los naturales pasaron de la religiosidad prehispánica, conjunto de ritos que normaban y condicionaban fatalmente su existencia, a la religiosidad del cristianismo. La religiosidad permaneció y fue lazo de unión, pero la religión concreta les fue cambiada. Aún así, el *cosmos* del cristianismo proporcionaba un lugar para el individuo que jamás había sido concebido en el mundo prehispánico, siempre sacrificado a sus dioses y a las prácticas ceremoniales ofrendarias. Es indiscutible que los naturales habrían de encontrar cabida y posibilidades de desarrollo en la nueva religión y en la nueva sociedad que se estaba creando, muchos de ellos incluso estaban orgullosos de su nueva fe. De no haberse producido el *encuentro* se hubiera llegado al aniquilamiento de uno de los dos grupos, como ocurrió en otras latitudes y el *encuentro*, según vamos viendo, fue fructífero.

Distribución de las órdenes mendicantes

Para organizar la evangelización de los territorios arribarían, en 1524, *los doce* frailes de la Orden de San Francisco que fundaron conventos en las ciudades de México, Tlaxcala, Texcoco y Huejotzingo; la quinta casa quedó establecida en Cuernavaca, como primer paso para la penetración hacia el poniente y el sur. Tomando como residencia estas poblaciones, a los franciscanos correspondería incursionar, antes que a nadie, en la mayor parte de los lugares accesibles de que se

tenía noticia, hacia los que se expandieron en todas direcciones. Desde Huejotzingo fundaron los conventos del costado oriente de los volcanes: **Calpan**, **Tochimilco** y Huaquechula.

La Sierra Nevada, nombre que pusieron los conquistadores a los volcanes de nieves perpetuas Popocatepetl e Ixtacihuatl, había sido conocida por el ejército de Hernán Cortés desde su llegada, en 1519, a la Gran Tenochtitlán. Entre los dos volcanes se encuentra el Paso de Cortés, así llamado por haber sido elegido desde Tlaxcala como el único camino seguro hacia el territorio mexicano del Valle de México. En las faldas de los volcanes se ubicaba Huejotzingo, y próxima a ellos, Cuernavaca. Algo más distantes, Tlaxcala, Texcoco y la ciudad de México, los dos últimos sitios ya en plena región lacustre.

Cuernavaca y Oaxtepec habían sido poblaciones fortificadas mexicas que dominaban la región del oeste. Seguramente esta fue la razón de que los dominicos, llegados en 1526, fundaran casa en **Oaxtepec** en fecha tan temprana como 1528. La orden de predicadores se lanzaría hacia el sur, hasta Oaxaca, Chiapas y Guatemala, donde se asentarían sólidamente, por lo que el paso por la zona de los volcanes les era necesario. Se apoyaron en **Tepotzlán**, camino de México, y fundaron casas en **Tetela del Volcán** y en **Hueyapan**, las cuales, aunque de pequeña magnitud, conectarían con Chimalhuacán-Chalco y la zona oriental de los lagos de México.

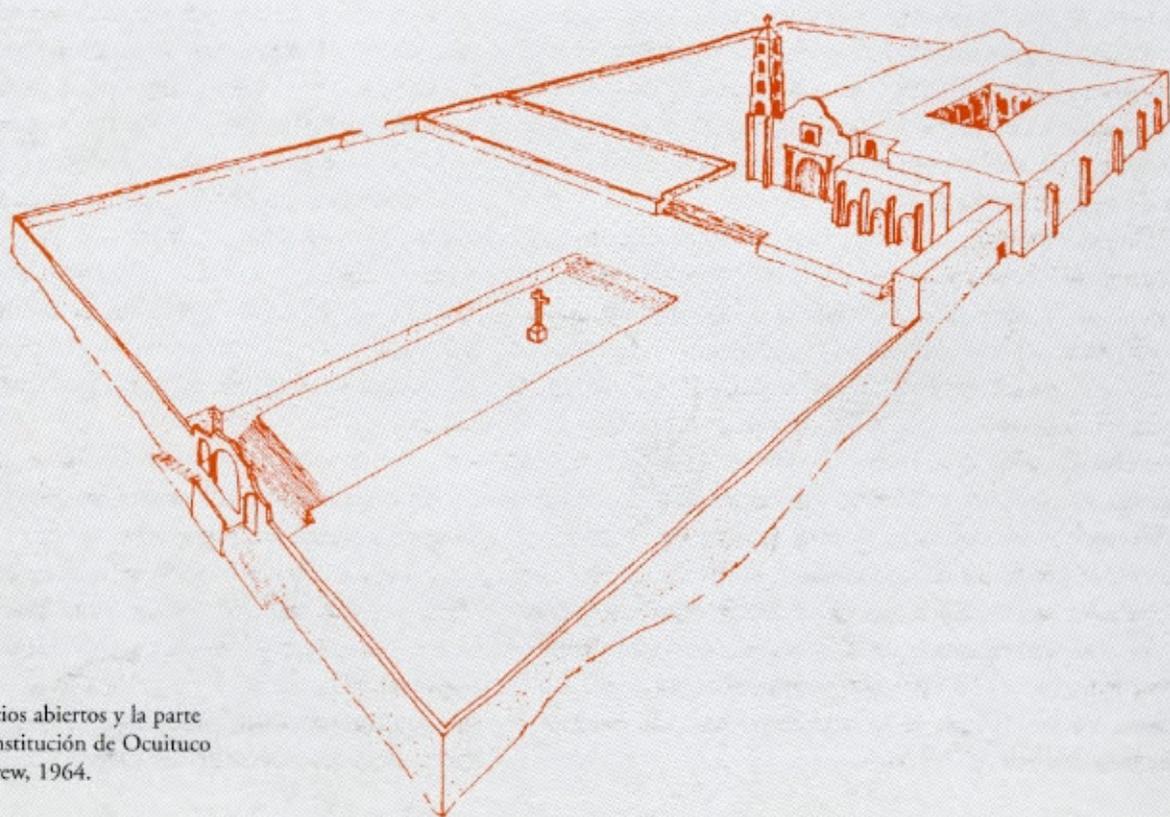
Los agustinos llegaron a la Nueva España en 1533, año en que incursionaron en **Ocuituco**, para fundar allí su primera casa. Crearon la línea de conventos del actual estado de Morelos, que consolidarían a mediados del siglo XVI con los de **Totolapan**, **Yecapixtla**, **Tlayacapan**, **Atlautlahcan** y **Zacualpan de Amilpas**. Desde aquí evangelizaron la *Tierra Caliente*, la Tlalnáhuac con el valle de Amilpas, y se expandieron rumbo a la costa de la Mar del Sur, en el actual estado de Guerrero (Tlapa y Chilapa). Era la primera de las tres rutas que marcaron en el país, las otras fueron la Sierra Alta de Hidalgo y el antiguo reino de Michoacán.

Arquitectura a cielo abierto

En el ámbito de la arquitectura y del urbanismo, las nuevas necesidades por satisfacer derivaron en programas arquitectónicos distintos de los conocidos, y ello produjo edificios y poblados también originales. Aún cuando en las iglesias se celebrase el ritual católico tradicional, varió la forma de llevarlo a cabo debido a que las costumbres de la propia tierra diferían de las de España y del resto de Europa. Entre ellas destaca la de reunirse al aire libre, circunstancia que el clima extremo del Viejo Continente hubiera imposibilitado.

Se crearía así una particular relación entre los espacios exteriores y los internos de aquella arquitectura religiosa, relación singular entre *el fuera* y *el dentro*. En primer lugar, la construcción sobre el paisaje natural para convertirlo en *recinto sagrado* abierto al aire libre, por medio de elementos arquitectónicos para conformar plataformas, allanado de montañas, muros de contención de terracerías, movimiento de grandes volúmenes de materiales, y en fin, técnicas que el mundo prehispánico manejaba con maestría. Esto, siempre y cuando los nuevos edificios no fueran levantados sobre centros ceremoniales prehispánicos, caso en el cual los escalonamientos del terreno podrían estar ya dados.

No quedaban exentos los sitios de características significativas que empezaban por la elección del lugar para el emplazamiento del edificio religioso, el cual debía verse desde todas partes, próximas y a la distancia. Por razones de prestigio y de organización vital, la religión debía hacerse presente por sobre todas las cosas, y su medio era la arquitectura. Los conventos del siglo XVI sirvieron como centro visual rector del urbanismo, del paisaje y de la vida misma, aspectos que giraban a su alrededor. No es de extrañar, entonces, que los emplazamientos destacados fuesen buscados con absoluto conocimiento de su significación y trascendencia. A la conciencia de su efectividad psicológica se aunaba la experiencia ya vivida antiguamente en los emplazamientos



Relación entre los espacios abiertos y la parte construida en esta reconstitución de Ocuituco debida a John Mc Andrew, 1964.

mesoamericanos, en sus espléndidos centros ceremoniales, dirigidos más que a los hombres, hacia el firmamento, siempre hacia las deidades cosmogónicas y hacia las constelaciones: plena *arquitectura abierta* hacia las esferas celestes.

Es, de esta manera, como se inventaron las *capillas abiertas*, reconocidas por la crítica internacional como la aportación americana más importante a la cultura arquitectónica occidental. Esta valoración se hizo cuando se les consideró como parte importante de los conjuntos conventuales, mucho antes de que se demostrara su existencia como *aisladas*, es decir, como género de edificios independientes, sin subordinación a las iglesias cerradas.

Hay que decir que las capillas abiertas aisladas podían contar con un edificio anexo para habitación de los frailes. En la región que nos ocupa citaremos los casos de Anenecuilco, tierra de Emiliano Zapata, y Temimilcingo, donde el convento se ordena en torno de un patio con disposición semejante a la de los conjuntos con iglesia cerrada grande.

Las *capillas abiertas aisladas* fueron, de esta manera, las **iglesias que dio la tierra**; con su particular relación entre presbiterio techado y nave descubierta, estas se anticiparon varios siglos al concepto de continuidad espacial —la continuidad de la visión y del espacio arquitectónico entre las zonas interna techada, y la exterior o descubierta de un edificio— que privó en la arquitectura occidental europea solamente a partir de la Revolución Industrial. Al no presentar más que el presbiterio techado, dichas capillas tenían la ventaja de poder construirse con la celeridad requerida para la pronta evangelización del territorio, sin recurrir a gran número de obreros especializados en los sistemas constructivos heredados de la arquitectura española.

Simultáneamente, se construyeron también los grandes espacios abiertos característicos del arte mexicano: los *atrios*, muchas veces con cuatro *capillas posas en cada esquina la suya*, según decir del cronista y las *cruces de madera o de piedra*, ubicadas en el eje de la capilla abierta, o bien en el de la iglesia cerrada, cuando la hubo, y hasta fuera del mismo atrio. No debemos olvidar las *arcadas reales*, pórticos dispuestos en los accesos del atrio, ni el *camino procesional* que conducía a las cuatro capillas posas. Se consolidaba así un amplio género arquitectónico inédito, que tanto en sus partes, como en el conjunto, aportaba conceptos desconocidos en la historia de la arquitectura occidental.

Desde mediados del siglo XVI, las *iglesias techadas* llegaron a constituir en dichos *conjuntos a cielo abierto*, prismas de sólida arquitectura edificada, expuestos al sol y a los vientos. Los conventos servían de vivienda para los frailes, de escuela para los naturales, de hospital y hasta de hospedería para los viajeros. Ambos, *iglesia cerrada* y *convento*, funcionaban como centro de la población y del paisaje, como lugar de arribo de los amplios espacios descubiertos del atrio y de la huerta, de los acueductos y de las fuentes, y hasta de la plaza del pueblo y de sus calles trazadas en retícula. Debido a su emplazamiento privilegiado y a su magnitud preponderante sobre el caserío y en medio de las arboledas, siguen siendo estos edificios el punto focal dominante de la arquitectura tradicional de muchos pueblos de México.

Recordemos con Mircea Eliade que “...la noción de *espacio sagrado* implica la idea de la repetición de la *hierofanía primordial* que consagró ese espacio transfigurándolo, singularizándolo, en una palabra, aisándolo del espacio profano que lo rodea”.

Iglesias techadas y conventos

El primer virrey de la Nueva España, don Antonio de Mendoza (1535–1550), dejó por escrito a su sucesor, don Luis de Velasco (1550–1564) que había “*concertado(...) una a manera de traza moderada, y conforme a ella se hacen todas las casas*”, con los religiosos de San Francisco y San Agustín, y después con los de Santo Domingo. Aún cuando no ha llegado a nosotros el contenido exacto del acuerdo, el análisis de los edificios permite distinguir características comunes. Esto si aceptamos que la norma se haya dictado sólo para las zonas cubiertas de los edificios, cosa que ha hecho la totalidad de los investigadores contemporáneos y que ahora pongo en interrogación. ¿Sería posible que no se tomaran en cuenta las obras externas? No lo sabemos.

La costumbre de los indígenas de reunirse al aire libre generó una particular relación entre espacios exteriores e interiores —el fuera y el dentro— de la nueva arquitectura religiosa.

La iglesia de estos edificios, en la región que nos ocupa, es de *nave rasa*, es decir, de una sola nave, de espacio continuo en profundidad, que sigue un eje central horizontal, desde la puerta principal hasta el presbiterio. Dicha profundidad se estratifica en diferentes espacios para señalar sus distintos usos: inmediatos a la puerta de entrada se ubican el sotocoro con el coro encima; enseguida la nave para los feligreses; y, al fondo, el presbiterio, separados los últimos por un *arco triunfal* muy destacado como elemento arquitectónico.

Desde el sotocoro se accede al bautisterio, ubicado en el centro de México a un costado, en habitación separada. Allí son notables las *pilas bautismales* labradas en piedra. La nave continua suele tener una puerta hacia el corredor del claustro y otra, en la pared opuesta, hacia un costado del atrio; ésta, en las iglesias franciscanas, se llama *porciúncula*. Una puerta más conducía del presbiterio a la antesacristía, y ésta, a su vez, a la sacristía.

El arco triunfal señala el inicio del presbiterio, compuesto por dos secciones, una al nivel del piso de la nave en la cual se abre la entrada a la antesacristía, y una zona elevada en la que se ubica el altar, que de esta manera se hace visible como el punto focal de la composición espacial del recinto. En algunos lugares como en Pazulco se conservan los dos *ambones*, uno de cada lado del presbiterio; son pequeños estrados de base circular, con

antepecho y atril, en los cuales se leían la *Epístola* y el *Evangelio* durante la celebración de la misa. No faltaba en ninguna de estas iglesias el *púlpito* con su *tornavoz* para propagar el sonido. Especial mención merecen los confesionarios de muro, que tienen su antecedente en el de Santa Teresa, en San Esteban de Salamanca.

La profundidad de la nave rasa se acentúa con dos frisos horizontales de pintura al fresco, uno que corre por encima de la altura de una persona, y otro que remata el término de las paredes, en el arranque de las bóvedas o de la techumbre de madera del templo. Cobra importancia visual la cubierta del edificio, diferenciada en el presbiterio por ornamentaciones más ricas que en el cuerpo de la iglesia, en ocasiones con cúpula ciega adornada con nervaduras. Todo el interior de la cubierta se adornaba con pintura mural, a veces imitando sillares de piedra en los plementos de las bóvedas de nervaduras, o con casetones serlianos en el caso de las bóvedas de cañón de los agustinos, cuando no se resolvía con artesón de madera de raigambre mudéjar. También el presbiterio, detrás del altar, se llenaba de murales policromos, antes de que se construyeran los retablos, renacentistas los del XVI y, después, ya barrocos, que muchas veces se colocaron en los edificios del XVI.

El recinto conventual se levanta a un costado del templo, ubicado este último por lo general de oriente a poniente, por lo que el convento quedaba indistintamente hacia el norte o hacia el sur, dependiendo del clima del lugar. El claustro se organizaba en tres crujías (excepcionalmente en cuatro) en torno de un patio central porticado, por lo común en dos pisos, correspondiendo a la planta baja los servicios comunitarios como portería, refectorio y cocina, portal de campo, sala de *profundis*, antesacristía y sacristía, mientras que en la planta alta se disponían las celdas, la del prior hacia el frente, junto a la biblioteca; los baños y las letrinas daban hacia la huerta. En los conventos de mayor magnitud puede haber dos o más patios y las crujías se prolongan más allá del cuadrado que origina el patio principal.

También se adornaba el convento con pintura al fresco en las paredes y en las bóvedas, en los patios, corredores y escaleras, y en las mismas celdas. En la actualidad, la abundancia de dichas pinturas hace de estos conventos del siglo XVI una de las mayores riquezas

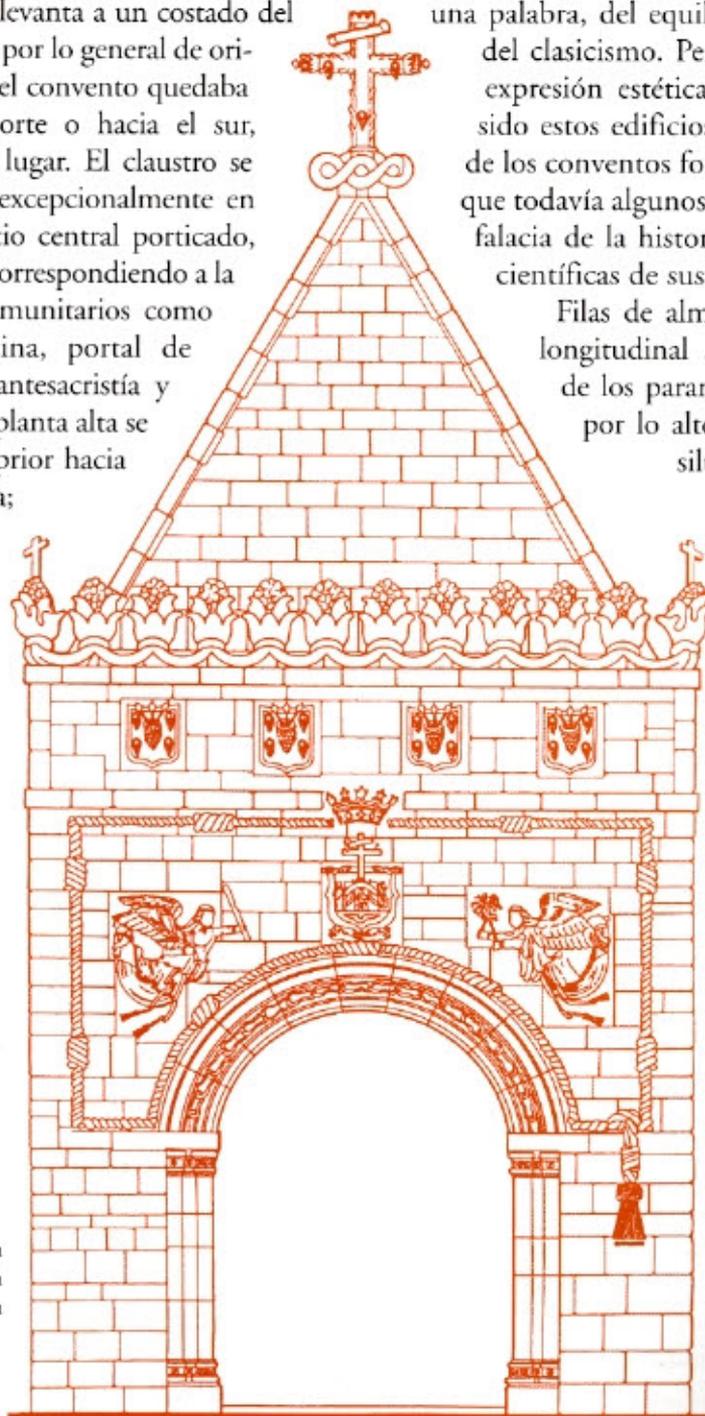
pictóricas que puedan verse. Los edificios se encontraban aplanados por el exterior, a veces con dibujos, y las portadas y porterías, cuando estaban elaboradas con finas labores de cantería, se terminaban con pintura a la cal que protegía la piedra del desgaste natural. Sabemos por documentos que los *alfices* exteriores se exornaban con pinturas con escenas del cristianismo, según las interpretaciones del lugar y de su composición social, de manera que se combinaban imágenes en las que participaban la visión indígena con la renacentista de la cultura española; algunos temas ornamentales, sobre todo los elaborados en relieve, permanecen en el llamado estilo *tequitqui*, que incorpora el concepto vernáculo de la talla de la piedra. Así se efectuó el mestizaje, humano y cultural, con aportaciones de las dos culturas que dieron el ser a la mexicanidad.

La forma exterior de estos conventos se manifiesta con dos grandes prismas contiguos, más alto el del templo que el del convento, destacando en vertical el primero y horizontal el segundo. Ambos volúmenes sobresalen desde las plataformas de los amplios espacios abiertos exteriores. Se trata de masas equilibradas, estáticas, que no pesan ni se elevan. Arquitectura de inmensa expresión estética de fuerza, de fortaleza y de mesura, en

una palabra, del equilibrio entre las formas propio del clasicismo. Pero no hay que confundir esta expresión estética de fortaleza con que hayan sido estos edificios fuertes defensivos. La teoría de los conventos fortaleza del siglo XVI mexicano, que todavía algunos trasnochados repiten, fue una falacia de la historiografía tradicional, sin bases científicas de sustentación.

Filas de almenas sobre un tablero o friso longitudinal superior, ligeramente saledizo de los paramentos de los muros, rematan por lo alto estas estructuras de definida silueta rectilínea. Características todas ellas de la arquitectura del siglo XVI novohispano que permiten ubicarla dentro del Renacimiento, pero de un Renacimiento ya americano al incluir caracteres que la propia tierra impuso. Actividad edilicia que no tiene paralelo en otras regiones del Nuevo Mundo dado lo temprano de las fechas de su construcción.

En seguida detallaremos algunos elementos distintivos de cada uno de los conventos del siglo XVI incluidos en la Lista del Patrimonio Mundial de la UNESCO. Hay que decir que tales monumentos se cuentan entre los más destacados de la zona de los volcanes, pero que, además de algún otro importante, en las localidades mencionadas hay



Huejotzingo. Reconstitución de una de las capillas posas del atrio, con la crestería y la cruz; ésta última ahora se sitúa en el centro del atrio.

Juan B. Artigas, 1995.

Dibujo: Blanca Anguiano

también capillas que aquí se ejemplifican con las de Tlacapán y un número considerable de poblados menores con destacadas iglesitas virreinales del mismo siglo XVI o ya barrocas. Por estos lugares se pueden planear paseos deliciosos.

Los sitios sagrados son el "...lugar por donde pasa el axis mundi, son considerados como el punto de unión entre cielo, tierra e infierno"¹

Huejotzingo, 1524

Huejotzingo es uno de los conventos más impresionantes que podemos ver, primero por la magnificencia de su escala y su redondeado y bien construido proyecto arquitectónico. Dado su emplazamiento, su iglesia sobresale del terreno llano con la presencia de una inmensa roca geométrica, así es su expresión estética de fortaleza. ¡Y qué amplitud la de su atrio y su huerta!

Cuenta el atrio con cuatro capillas posas que con las de Calpan son las más elaboradas del arte virreinal, y con el mejor retablo monumental del siglo XVI que ha llegado a nosotros, firmado por Simón Perínez en 1580. En la plaza del pueblo se ubica una espléndida cruz de piedra, mutilada hoy en su larguero superior, con la fecha de 1603. No terminaríamos nunca de relatar las excelencias arquitectónicas, de pintura y escultura, de Huejotzingo.

Cuernavaca, 1525

La riqueza arquitectónica de la hoy Catedral de Cuernavaca conjunta edificios de épocas diversas. Nos ocuparemos de los del siglo XVI, no sin mencionar sus elementos barrocos, como la airosa torre y la capilla de la Tercera Orden. Sabemos por documentos que hubo una primera construcción anterior a la actual, datada en 1552 según la fecha inscrita en la portada de la Porcínula. Esto se confirma con la observación de la propia arquitectura. Vemos en ella una majestuosa capilla abierta, que fuera habilitada después como portería, junto a una espaciosa iglesia característica de mediados de siglo. La conclusión es inmediata, primero se edificó la capilla abierta como edificio aislado, que se puede considerar como la primera *iglesia a cielo abierto* del siglo XVI y después, en otra etapa constructiva, la iglesia cerrada.

Una particularidad notable de esta última es que tiene dos pequeños recintos, ubicados uno a cada lado de la nave rasa, uno frente al otro; por proyectarse en la planta arquitectónica como espacios continuos han sido interpretados como un crucero. En realidad, estos dos recintos no forman unidad entre sí, ni cruzan el ámbito espacial de la nave del templo, no cuentan en él. A estos espacios los he denominado *corillos*, o sea, pequeños coros, y esta es la interpretación correcta, y así los han vuelto a utilizar en la actualidad. No son, pues, crucero; el único crucero verificable, y ese sí espléndido, en los conventos del XVI novohispano es el de Yuriria, en Michoacán. Está claro que el concepto espacial es muy diferente en uno y otro caso.

En el magnífico conjunto arquitectónico de la hoy Catedral de Cuernavaca destacan, dentro de la iglesia,



Cuernavaca. Puerta porcínula del convento. Foto: Juan B. Artigas, 1997.

las pinturas al fresco de los misioneros que desde Nueva España partieron al oriente a evangelizar las Filipinas y el Japón, y que narran los martirios que sufrieron.

Oaxtepec, 1528

El convento dominicano de Oaxtepec se ubica en lo alto de una loma, y a él se llega luego de subir una cuesta pronunciada en su frente; es por ello que hará cuarenta años se conocía como atrio la única superficie plana del entorno, situada delante de la puerta lateral norte, esto es, en el costado del templo. El vestíbulo exterior que antecede a la iglesia se sitúa también en alto, luego de subir una escalinata. Todas estas consideraciones indican que, contra la costumbre, no hubo atrio en el frente.

El interior de la iglesia es parecido al de la de Cuernavaca pues también tiene dos corillos. Los muros laterales de la iglesia de Oaxtepec están contruidos con *arcos de descarga*, que se muestran por el interior con finos perfiles de cantería; su grosor permite que la pared, debajo de los arcos, tenga menos espesor y quede una serie de nichos grandes, propios para situar retablos, acentuándose así el ritmo de las arquerías. Lo mismo sucede en el templo de Coixtlahuaca, también dominicano, en Oaxaca. En el tramo inmediato al presbiterio, que es muy profundo, se abren los dichos corillos, cada uno comunicado a través de uno de los arcos de descarga, sus espacios no cuentan en el ámbito interno de la nave rasa del templo, y mucho menos lo cruzan.

Sin embargo, el interior del templo de Oaxtepec es de gran calidad arquitectónica, y todas sus partes están muy bien conjuntadas. La nave se techa con

¹M. Eliade, *Tratado de Historia de las religiones*. México, Biblioteca Era, 1972, pag. 329.



Ocuituco. Fuente de los leones en el patio del convento.
Foto: Juan B. Artigas, 1995.

bóvedas nervadas de crucería. Es interesante que los edificios dominicos presenten ligeras variaciones con relación al esquema arquitectónico de franciscanos y agustinos.

Ocuituco, 1533

Vale la pena destacar el patio del convento de Ocuituco, con sus contrafuertes verticales y sus recios muros de vanos pequeños, con una primorosa fuente octogonal en el centro, de surtidores en forma de estáticos y melenudos leones de piedra. En estos patios, por estar cerrados en sus cuatro costados por las arquerías de los pasillos y por las crujías de las habitaciones, se escucha el silencio, el rumor de los surtidores y el piar de los pájaros. Es una de las mejores fuentes que nos quedan del siglo XVI, junto a las de Tochimilco, en Puebla, y Chiapa de Corzo, en Chiapas.

Es aceptado por los investigadores que en Ocuituco a la capilla abierta original correspondía el prisma edificado que se adelanta del paño general de la fachada principal.

Aunque Ocuituco fue la primera fundación agustina, los frailes se trasladaron a Totolapan en fecha tan temprana como 1536, dejando el lugar a los franciscanos. Zumárraga, según asienta Kubler, terminó la iglesia en 1541 y los agustinos regresaron a Ocuituco en 1554. En el siglo XIX, la iglesia fue techada con zacate, y sólo después de un incendio se construyó la bóveda actual. Pocos lugares hay como el pueblo de Ocuituco, todavía con amplias huertas sobre las calles y un urbanismo rústico, no invadido por la modernidad.

Calpan, 1548 (?)

En contadas ocasiones se logra crear un ambiente ceremonial religioso a cielo abierto, como en el atrio de Calpan, uno de esos lugares mágicos, de tranquilidad y belleza insuperables, a la vista de las nieves perpetuas de los volcanes, creado por una arquitectura a descubierto, recogida dentro de las bardas almenadas y de sus dos arcadas reales. Cuenta con las cuatro capillas posas "así llamadas porque en ellas se posa el Santísimo en la Procesión del Corpus" de mayor riqueza y en mejor estado de conservación, puesto que permanecen buena parte de sus cresterías de remate con esculturas y restos de pintura de colores entre los relieves de sus interiores.

El pequeño convento de dos pisos estaba acabado en 1585. Resulta difícil desentrañar de cuando es la iglesia; en su portada hay una extraña combinación de elementos muy antiguos con otros que no lo son.

Tochimilco, ca. 1560

Este antiguo pueblo ofrece la firme y perfilada arquitectura de su iglesia, emplazada por encima de la plaza pública, situada esta última del lado de su cabecera. Recibe el agua del volcán por un largo acueducto que la introduce en el edificio religioso y la envía, por medio de un sifón, a la fuente del siglo XVI que hay en la plaza. Es una espléndida fuente de aquel tiempo, de las pocas que quedan, lista a destruirse por sí sola.

Cuenta el conjunto con capilla abierta de primer piso, esto es, en alto, sobre un portal, cuyo estilo de elaboración y su material y técnica constructiva son anteriores a los de la portada principal de la iglesia. Frente al templo y al convento, tiene un atrio enorme bardado y almenado, con un jagüey. El convento de Tochimilco es magnífico, por sus volúmenes y por su posición con respecto de la plaza y del caserío.

Tepoztlán

El convento de Tepoztlán destaca por su emplazamiento en la cresta de una loma del valle del Tepozteco, en medio de un cinturón serrano de elevadas cimas y peñascos. Tepoztlán muestra su atrio característico del XVI: almenado, con arcadas reales, cuatro posas y una amplia capilla abierta cuyo ábside rectangular se amplía en la nave transversal que la antecede. Esta nave descubierta ocupa el centro del atrio, conjunto atrial que corresponde a una primera etapa de aquella arquitectura a cielo abierto que estamos describiendo. Se hallan en estado de ruina varios elementos de la amplia superficie descubierta: capillas abiertas, posas, bardas y arcadas reales.

El convento estaba acabado en 1580 y la iglesia, en 1588, correspondiendo ambos a la segunda etapa constructiva. Es necesario recordar que en la zona de los baños antiguos del segundo piso, tiene un balcón de arcos, desde los cuales se proyecta en profundidad con sin igual belleza la amplitud del frondoso paisaje.

Tetela del Volcán y Hueyapan

Son dos conventos menores de la Orden de Santo Do-



Calpan. Arcada real del atrio y capilla posa primera.
Foto: Juan B. Artigas, 1995.

mingo, se distinguen por su emplazamiento en las alturas de la falda del Popocatepetl.

El detalle de mayor singularidad artística que del convento de Tetela del Volcán ha llegado a nosotros es la viguería mudéjar de su sacristía. El edificio ha sido objeto de múltiples intervenciones, entre las cuales se cuenta la construcción de una cúpula de caracteres barrocos en la nave del templo.

Hueyapan es la localidad más alta del estado de Morelos, su clima frío (allí se teje la lana) contrasta con el clima cálido de la mayor parte de la entidad federativa. El pueblo conserva la tipicidad de casas de un piso, con tejados, su iglesia grande y la plaza mayor cerrada, dispuesta en su frente y a nivel inferior, con portales en uno de sus costados; plaza e iglesia son el lugar plano más amplio del accidentado terreno.

No contó nunca el inmueble con convento formal, sino con casa de una sola crujía y de adobe. Pero es que las fundaciones religiosas eran acordes con la importancia del lugar. Cuenta Hueyapan con un notable nicho barroco de gran valor artístico, de carácter popular; en ello reside su encanto.

Tochimilco. Emplazamiento en alto del convento, visto desde la fuente del siglo XVI de la plaza principal. Foto: Juan B. Artigas, 1995.



Yecapixtla, 1535

El convento de Yecapixtla es de gran unidad arquitectónica, dado que la calidad de su ornamentación plateresca de relieves y de pintura aparece por igual en la iglesia y en algunos detalles del convento.

Su claustro ofrece la particularidad de que tiene un solo piso, excepción hecha del frente, que es doble, con un patio perfectamente proporcionado, con la crujía que es paralela a la del templo levantada por un semisótano, ocasionado por un desnivel del terreno. Se adorna el patio con pintura mural de grandes motivos circulares en sus fachadas de arcos. Son notables los remates almenados de los paramentos exteriores y el atrio levantado dentro de recios muros de contención sobre las calles del pueblo. Sus cuatro capillas posas, también llevan filas de almenas como terminado superior. Llama la atención la barda frontal del conjunto, con su arcada real sobre rampa doble de escaleras, que eleva el frente del atrio por encima del terreno natural descendente.

La portada principal ha sido considerada por Diego Angulo Iníiguez como del más puro renacimiento español elaborado en Nueva España.

Tlayacapan

Es un hermoso pueblo enclavado entre las lomas agrestes del Tepozteco, surcado por los cauces de los ríos que rompen la severidad de las calles rectilíneas, combinando puentes, casas y vegetación. Sitio monumental cuyo centro está ocupado de manera dominante por el convento agustino del siglo XVI, precedido de un espacioso atrio. Frente al convento, calle de por medio, se ubica el Ayuntamiento que es de la misma época, según lo demuestran sus frescos de grutescos, y una casa barroca que es ahora museo, conocida como La Cerería, ambos en una plaza irregular en la que también se encuentra el mercado, cobijado por una techumbre moderna.

En la esquina suroeste del recinto conventual se cruzan los dos ejes ortogonales que rigen la traza del pueblo. El inicio y fin de cada eje está señalado por una pequeña capilla; en total son cuatro, orientadas hacia el centro, de manera que cada una abre su puerta hacia uno de los puntos cardinales.

La iglesia grande de Tlayacapan muestra su volumen prismático emergiendo de la plancha horizontal del atrio y destacando en el paisaje escénico. Su altura es resaltada por la serie de contrafuertes de las fachadas largas, que señalan un ritmo acentuado de sombras. La fachada principal se enmarca con otros dos contrafuertes dispuestos a cuarenta y cinco grados, que rematan y a la vez amplían su superficie, produciendo un efecto visual de gran magnitud; termina por lo alto con una espadaña de cinco vanos.

El convento ocupa el lado norte del templo debido al clima cálido del lugar, presenta en primer término la arquería de la portería. Detrás de esta crujía se muestra claramente el espacio de la que fuera capilla abierta, cubierta todavía de pintura mural del siglo XVI, con lo cual se hace evidente que la capilla corresponde a una etapa anterior a la iglesia techada y a la portería.

Se trata de un edificio de gran amplitud, el más extenso de esta serie que estamos presentando. Tanto el convento como la iglesia estaban cubiertos totalmente de pintura al fresco en el interior. En el atrio de San Juan Bautista de Tlayacapan quedan ruinas de las importantes capillas posas que tuvo otrora.

Totolapan, 1545

Es la construcción puramente agustina más antigua de la región, puesto que fue el convento matriz ante la salida de los frailes de Ocuituco en 1536. Tiene atrio amplio, con camino procesional doblemente amurallado, aún cuando la pared interior alcanza apenas entre cuarenta y cinco y sesenta centímetros de altura. Posee vestigios de las capillas posas primera y segunda, encontrándose la tercera destechada, con restos del altar, y la cuarta completa, con un altar que remata en una cruz de

madera. Mc Andrew concede mucha importancia a la capilla abierta de Totolapan, que ubica en el volumen sobrepuesto a los tres arcos de la portería. La arcada real principal se encuentra frente a la iglesia y, la otra, en el costado sur mirando hacia la plaza del pueblo, donde se ubica el mercado.

La iglesia presenta una fachada alterada con respecto de los modelos habituales, acabada con medallones y esgrafiados de calidad. Consta de una sola nave con bóvedas de cañón con lunetos, separados por arcos fajones, sistema constructivo posterior al siglo XVI.

En Totolapan son importantes los *enlucidos* interiores; en la habitación del primer piso, próxima a la fachada principal del templo, hay un friso de dos colores que parece estar hecho con la técnica de las ajaracas, esto es, con la colocación de mezcla de diferente color para formar dibujos, es uno de los aplanados antiguos de mayor calidad que quedan en su lugar.

Atlatlahucan, 1570

El centro urbano de Atlatlahucan se conforma con su edificio religioso de gran prestancia, dados los volúmenes almenados de iglesia y convento, y por la calidad y amplitud de su atrio. Frente a él se abre la plaza pública, de menores dimensiones, y la Presidencia Municipal. El pueblo está trazado en retícula y conserva sus casas de un piso y pavimentos empedrados.

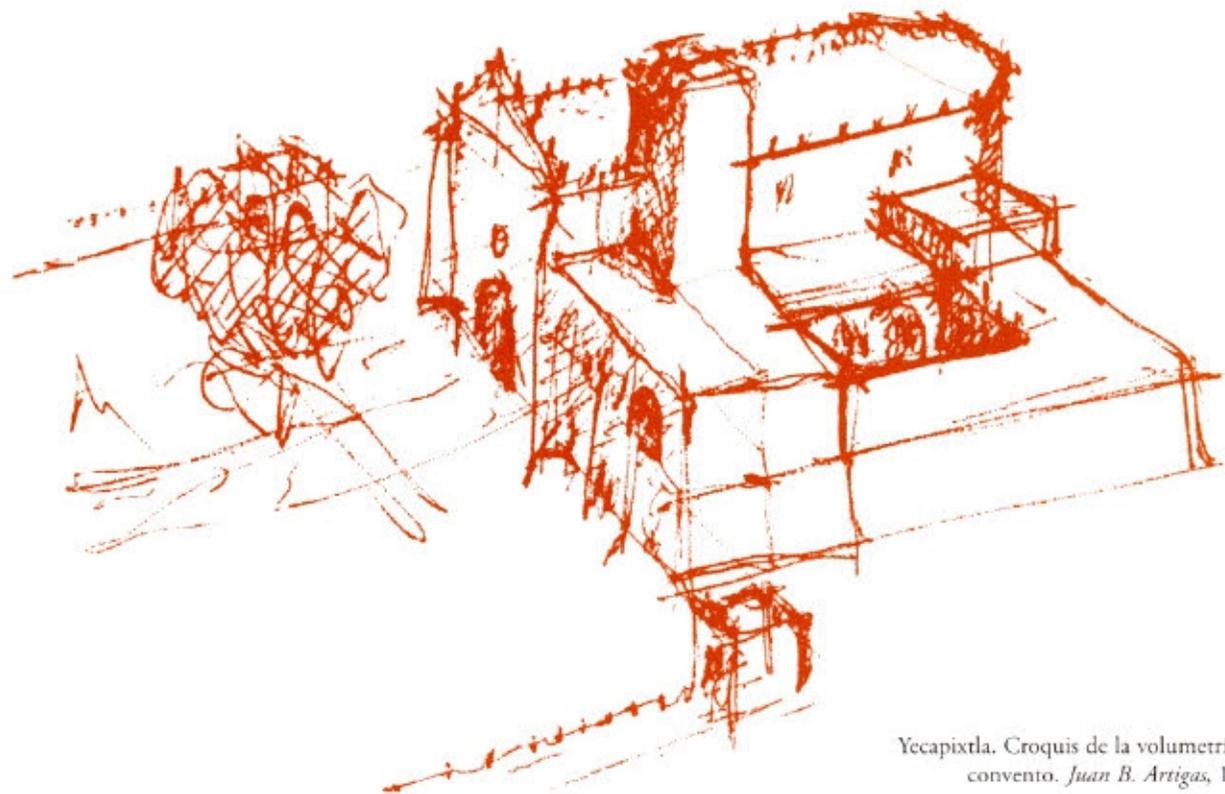
El atrio de Atlatlahucan es excepcional, primero por su emplazamiento y por su magnitud, por su fronda de inmensos árboles, por la recia presencia de su muro y su arcada central hacia el exterior, porque posee las cuatro capillas posas y el presbiterio de la primera *iglesia a cielo descubierta* del lugar, que es la capilla abierta. Tiene, además, doblemente amurallado el camino procesional que une las *posas*. Es interesante que el muro interno, que es alto en este camino procesional, pasa por delante de la capilla abierta, inutilizando, de alguna manera, su nave descubierta; esta situación muestra que el muro interno correspondió a una etapa constructiva posterior a la de la capilla abierta.

El presbiterio o zona techada de dicha capilla abierta tiene dos recintos, uno rectangular para el altar, y otro, más bajo, la denominada nave transversal o *bemma*, delante de él, que está abocinada en planta, y en cuyo lado exterior más amplio, se ubica el triple arco de la puerta. En su fachada principal, por encima de los arcos, corre un alfiz que los une, y sobrepuestos a él se anexaron dos contrafuertes en saledizo hacia el frente que corresponden a la etapa en que se edificó el templo, que es finisecular, cuando se almenó todo el conjunto para darle unidad expresiva estética.

Todo el conjunto arquitectónico muestra excepcional riqueza de pintura al fresco, en las bóvedas combina temáticas ornamentales del mudéjar con otras del Renacimiento italiano: el entrelazo junto a los casetones de Sebastián Serlio. Es el Renacimiento español floreciendo en los espacios abiertos de América y dando lugar al Renacimiento novohispano, según hemos visto, con aportaciones de la propia tierra.



Tepoztlán. Fachada principal de la iglesia. Foto: Juan B. Artigas, 1995.



Yecapixtla. Croquis de la volumetría del convento. Juan B. Artigas, 1978.

Zacualpan de Amilpas, 1535

Zacualpan de Amilpas es una de las poblaciones del estado de Morelos que habiendo sido lugar de importancia, conserva gran parte de su fisonomía tradicional, tanto de paisaje como de vegetación, dado el sinnúmero de huertos que llenan de verdor todo el ambiente, como en la arquitectura popular de sus viviendas, portales y plazuelas irregulares. Cuenta con un caudal de agua proveniente del deshielo del Popocatepetl.

El lugar más relevante del poblado lo constituye el convento agustino, erigido en el siglo XVI, bajo la advocación de la Purísima Concepción. El atrio del edificio es de grandes dimensiones, tuvo un frondoso laurel que proyectaba sombra de más de cuarenta metros de diámetro, ya no queda de él más que el recuerdo.

Dos pórticos se abren en la barda atrial, uno hacia el frente y el otro hacia una placita del pueblo, y dos capillas posas dispuestas en ochavo con las líneas de la barda, se ubican en las dos esquinas del muro oeste. Se unen ambas capillas y las arcadas reales por medio de un muro de arcos invertidos, rematado a tramos regulares por pináculos. Todos estos elementos son barrocos y constituyen una unidad de composición

que conforma un ejemplo notable y excepcional en la arquitectura conventual del Dieciséis mexicano.

La fachada de la iglesia y del frente del convento, con una amplia capilla abierta entre ambos, se caracteriza por la austeridad de sus formas, que contrastan vivamente con el escalonamiento sinuoso de la capilla barroca del Rosario. El templo se cubre con bóveda de cañón corrido en toda su longitud, incluyendo el presbiterio, solución no frecuente, por lo que pudiera pensarse que no corresponde a una etapa inicial. El bautisterio que se abre en el interior, a la derecha de la entrada, tiene un arco trilobulado, detrás del cual se ubica una espléndida pila bautismal, y como fondo, los restos de un retablo pintado en la pared, todo ello entre penumbras, para hacer de este recinto un rincón excepcional.

En la Capilla del Rosario se encuentran retabillos barrocos de calidad. Llama la atención la rica complementación entre arquitectura y paisaje que puede observarse en Zacualpan y en tantos otros lugares de las faldas del Popocatepetl. ☉

** Este trabajo fue preparado, en 1995, para la Secretaría General de la Comisión Nacional de los Estados Unidos Mexicanos para la UNESCO. No fue publicado; se reunió de nuevo las ilustraciones que aquí aparecen.*

Atlatlahucan. Perfil almenado de convento e iglesia. Foto: Juan B. Artigas, 1975.

